

sus menores imperfecciones, y grababa en su corazón aún más que en el papel sus resoluciones. Oraba luego largo tiempo, celebraba y hacía ofrecer en diversos lugares el santo sacrificio, para obtener del cielo las gracias necesarias para su dirección y la de su pueblo.

Estos son los tres medios con que Francisco de Sales se elevó á tan alta perfección; tales son, si se pueden decir así, los principios generadores de su santidad: vamos ahora á contar en detalle sus virtudes, y con un poco de reflexión será fácil verlas nacer de estos principios, como el arroyo nace de su fuente, el rayo de su foco y la planta de su raíz.

CAPITULO III.

Su fe.

La unión íntima de Francisco de Sales con Dios, tal como la hemos considerado en el capítulo precedente, puede darnos la medida de la viveza de su fe. Ilustrada con luces sobrenaturales por ese contacto habitual con la Divinidad, si puede decirse así, ponía su gloria en abatir su espíritu y su corazón ante la verdad de Dios, revelándonos lo que debemos creer, y ante la autoridad de la Iglesia, intérprete de la revelación divina. Lejos de serle penosa esta sumisión de su razón, le era por el contrario una dicha incomparable no estar abandonado á las volubilidades y tinieblas de su propio espíritu, y ser dirigido en su creencia por la autoridad infalible de la Iglesia. «Siento en mí, decía á la santa Madre Chantal (1), tan vivos transportes de amor por la fe, que toda mi vida he deseado morir por ella; y esto es lo que me ha llevado diversas veces á Ginebra, en medio de los herejes que atentaban contra mi vida.» Así, ni la lectura de los libros produci-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

dos por la herejía, que estudió para refutarlos, ni las frecuentes relaciones con los herejes, entre los que vivió para convertirlos, pudo perjudicar en nada á su fe; viendo en eso un beneficio del Cielo, por el que se complacía en darle gracias con un corazón penetrado de reconocimiento. «¡Cuántas gracias, decía, no debo á Dios, de que mi débil y corta inteligencia haya podido examinar los libros más inficionados de los herejes, sin sentir la menor impresión de su daño! ¡Oh Dios, cuando pienso en este beneficio, tiemblo de horror por mi ingratitud!» (1) «Dad gracias, dice en otra parte (2), á la soberana claridad de Dios, que derrama tan misericordiosamente sus rayos en mi corazón, que á medida que vivo entre los que están privados de ellos, veo más distintamente su grandeza y su deseable suavidad.»

Su fe, en efecto, parecía ir siempre creciendo. «Bastaba tratarle, dice la santa Madre Chantal, para reconocer que Dios le había comunicado el don de la fe con una perfección eminente, y dado acerca de nuestros misterios, sobre el sentido de las Escrituras y la verdadera doctrina de la Iglesia, conocimientos completamente extraordinarios. El Espíritu Santo había derramado en el fondo de su alma una luz tan clara, que veía las verdades de la fe con una simple vista, con una certeza, un gusto y una suavidad incomparables, que le causaban ardores interiores, éxtasis, raptos de la voluntad, y hacían que su corazón y su espíritu asintieran deliciosamente á las bellas verdades que le eran mostradas.» Oigámosle á él mismo hablar sobre este asunto. «¡Oh! Dios, escribe (3), mi alma no encuentra nada difícil de creer entre los efectos del divino amor; la belleza de nuestra santa fe me parece tan arrebatadora, que muero de amor por ella, y me parece que debo guardar el don precioso que Dios me ha

(1) Carta CLXXXIV.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sección XXX.

(2) Carta CCLXXXIII.—Dep. de la santa Madre Chantal.

(3) *Tratado del amor de Dios*, lib. VIII, c. XII.

»hecho, en un corazón penetrado todo él del perfume de la
 »devoción (1). Cuando nuestra inteligencia, elevada sobre
 »la luz natural, empieza á ver las verdades sublimes de la
 »fe, ¡oh, Señor, que alegría! El alma se deshace de placer
 »oyendo la voz de su celestial Esposo, que encuentra mas
 »suave que la miel de todas las ciencias humanas, ó viendo
 »su rostro, no en verdad en el medio día de la gloria, sino
 »á la débil claridad del día que nace.... ¡Oh! cuántas deli-
 »cias comunica al alma la santa luz de la fe, que muestra
 »con una certeza incomparable, no solo el origen y desti-
 »no de las criaturas, sino el nacimiento del Verbo divino,
 »que con el Padre y el Espíritu Santo es un solo Dios ado-
 »rabilísimo y bendito por los siglos de los siglos! El docto
 »Platon nunca supo esto; el elocuente Demóstenes lo
 »ignoró tambien: *Hoc Plato nescivit, hoc Demosthenes*
eloquens ignoravit (2). Aquellos felices peregrinos de
 »Emaus decían despues de haber oido las palabras de la
 »fe: ¿No ardia nuestro corazón cuando nos hablaba en el
 »camino? Y si las verdades divinas producen tan grandes
 »suavidades cuando solo son propuestas con la luz oscura
 »de la fe, ¡oh, Dios mio! ¿qué será cuando las contem-
 »mos á la claridad del medio día de la gloria? La Reina de
 »Sabá exclamó, despues de oír las palabras de sabiduría
 »que salían de la boca de Salomón, que lo que le habían
 »dicho de esta sabiduría, no era sino una pequeña parte
 »de lo que la esperiencia le hacia conocer; pero cuando
 »lleguemos á la Jerusalén celestial, y el Rey de la gloria
 »nos manifieste con una claridad incomprensible las ma-
 »ravillas de la soberana verdad, y veamos claramente lo
 »que hemos creído aquí, ¡oh, entonces qué raptos, qué
 »éxtasis, qué admiración, qué amor, qué dulzuras! No,
 »nunca, diremos en el colmo de nuestros trasportes, hu-
 »biéramos imaginado ver verdades tan deleitables.» (3)

(1) Carta CCLXXXVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVI, sección VIII.

(2) San Jeron., II ad Paulin., col. 570, ed. Bened., t. IV.

(3) *Tratado del amor de Dios*, lib. III, c. IX.

A la vista de una fe tan viva, se concibe lo que nos refieren los testigos que han depuesto en el proceso de su canonización. «Tenía, dicen, una gracia especial para explicar y hacer comprender los misterios mas elevados; los desenvolvía con tanta facilidad y gracia, que los mas simples los comprendían fácilmente (1), sobresaliendo en el don de atraer á la fe á las almas extraviadas, en afirmar á los espíritus vacilantes, en consolar y calmar á las personas tentadas sobre la profundidad de nuestros misterios (2). Donde el entendimiento, les decía, encuentra mayor oscuridad, la fe tiene mas brillo.» Pero, en general, enseñaba que, en las tentaciones contra la fe, es preciso vencer huyendo mas bien que combatiendo y razonando; es preciso imitar á los que defienden una plaza sitiada, que, viendo á los enemigos atacar un puesto ó escalar por un lado, hacen una salida por otra puerta y cojen al enemigo por la espalda; y que así, cuando la tentación contra la fe sitia al entendimiento y quiere ganar á la razón, es preciso, en vez de detenerse en disputar y razonar, salir por la puerta de la voluntad y darle una buena carga, lanzándose con viva fuerza, por medio de santos afectos y de una humilde sumisión de nuestra voluntad á la autoridad de la santa Iglesia, diciendo, por ejemplo: «¡Viva Jesús, en quien creo; viva la santa Iglesia, á la que me someto! ¡Oh, madre de los hijos de Dios! jamás me separaré de vos; quiero morir en vuestro seno.» (3)

Para afirmarse en la fe, el santo Obispo decía que no conocía nada mejor que caminar á su luz y vivir de su vida. «Cuando os sobrevenga alguna notable dificultad, decía, no mováis nada sin haber mirado primero á la eternidad.» Era una de sus máximas, refiere Mr. de Belley, que es preciso caminar delante de Dios segun el espíritu de la fe y no segun el sentido humano, es

(1) Dep. de Passis.

(2) Dep. de la Madre Chaugy.

(3) Dep. del Señor Charmois.

decir tomar la fe por regla de las acciones, de las palabras y de los deseos, dejándose guiar constantemente por ella, como los israelitas en el desierto seguían la columna que los precedía, aplicando á la propia conducta las máximas del Evangelio, y los ejemplos de Jesucristo y de los santos. No quería que se tomase una cosa porque gustara, ni que se dejase de tomar porque disgustara; pues esto era lo que el llamaba vivir según la carne y los sentidos y no según la fe. «Si una persona,» decía (1), que es muy dulce y muy agradable me ama y «me sirve, el quererla únicamente por esto, es amar según «la carne y los sentidos; porque los animales, que no tienen mas guía que la carne y los sentidos, aman á sus «bienhechores y á los que los tratan con dulzura y cariño. «Pero si una persona es brusca, poco cortés, y me acerco á «ella, sin embargo, y le demuestro afecto, le hago algun «servicio, no porque tenga placer en ello sino porque tal «es el benéplacito de Dios; esto es obrar en espíritu de «fe. Si estoy triste y no quiero hablar, hago lo que los «loros. Si estoy triste y porque la caridad quiere que hable lo hago, esto es vivir de la fe. Me veo despreciado «y me disgusto; los pavos y los monos hacen lo mismo. «Si me veo despreciado y me alegro, imito á los apóstoles. Vivir pues de la fe, es hacer nuestras acciones, hablar y pensar como el espíritu de fe requiere de «nosotros. El alma, apoyada en el espíritu de la fe, se «alienta en medio de las dificultades, porque sabe que «Dios ama, tolera y socorre á los miserables que esperan «en él; se une á Dios y dice con frecuencia que todo lo «que no es Dios es nada; que lo que no es para la eternidad, no es mas que vanidad.» (2)

Por eso el santo Obispo tenía siempre fija la vista en su interior, para mantener allí continuamente esta vida

(1) Carta DCCI.

(2) Dep. de Janus.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XII y XIII.

de la fe. «Los que le han tratado mucho, dice uno de sus «historiadores (1), han reconocido que no seguía en nada «sus inclinaciones naturales.» Y cuando se presentaban á él, las hollaba con sus pies sin consideración alguna, para no obrar ni hablar sino solo por Dios. «No debemos, decía, «servirnos de nuestro corazón, de nuestros ojos y de nuestras palabras para satisfacer nuestro carácter é inclinaciones, sino solo por el servicio del Esposo celestial.» Por eso todas sus inclinaciones, tanto las mas comunes como las mas elevadas, eran acompañadas de un espíritu de fe, y esto producía una intención purísima de agradar á Dios, un deseo ardiente de obrar lo mejor posible por el puro amor del Salvador, por el cual su corazón aspiraba sin cesar por medio de santas elevaciones, ó al menos por miradas interiores llenas de afecto; de suerte que se puede decir, con el historiador ya citado (2), que toda la economía de su alma le estaba continuamente presente; nada pasaba allí, nada se omitía, de que no se diera cuenta á la luz de Dios; y de esta excelente claridad le resultaba una delicadeza de conciencia tan grande, que no hubiera podido sufrir en él voluntariamente, no digo lo que sabía que podía desagradar á Dios, sino aun lo que creía deber serle menos agradable ó menos perfecto.

CAPITULO IV.

Su esperanza.

La esperanza cristiana tiene dos partes distintas; por un lado aspira á la posesión de Dios en el cielo, y cuenta con los socorros de lo alto para lograr esta dicha; por otro descansa en la providencia de Dios, con un abandono filial en medio de todos los acontecimientos de esta vida.

(1) El P. la Riviere, p. 534 y 582.

(2) Idem, p. 511.